

casos de diversos lugares del país, esa aproximación es muy elemental. Además, en el texto se maneja una visión convencional de víctima, término poco crítico, y este se emplea de la misma forma laxa como se usan otras denominaciones discutibles como la de “sociedad civil” y “cultura política”. A eso habría que agregarle la confusión terminológica que se genera con la palabra memoria sub/alterna, a la que se le da un doble significado. Salvo el primer capítulo, en el que aparece un interesante testimonio personal, el resto del libro es muy pesado, poco atractivo y lleno de confusiones y lugares comunes sobre diversos temas de la memoria, en gran medida porque el autor se queda prisionero tanto de jerga de los estudios culturales como de la retórica oficial sobre la memoria, que se viene impulsando desde el Estado por sus comisiones burocráticas de Memoria Histórica.

**Renán Vega Cantor**

Profesor titular. Universidad  
Pedagógica Nacional

## Los letrados de la oralidad

*Beyond the Lettered City. Indigenous Literacies in the Andes*

JOANNE RAPPAPORT  
Y TOM CUMMINS

Duke University Press, Serie Narrating Native Histories, Durham y Londres, 2012, 370 págs., 66 ils.

EL TÍTULO *Beyond the Lettered City* (Más allá de la ciudad letrada) resume bien el argumento central de esta obra al tiempo que alude al libro *La ciudad letrada* del escritor Ángel Rama, publicado en 1983, obra que marcó un hito en los estudios sobre la cultura colonial americana. Ahora, casi treinta años después, la antropóloga Joanne Rappaport, profesora de la Universidad de Georgetown, junto con Tom Cummins, profesor de historia del arte precolombino y colonial de América Latina en la Universidad de Harvard, contraponen un panorama más complejo a la imagen

que Rama proyectó de ese mundo hispanizado que, según él mostró, giraba alrededor de la primacía de la palabra escrita. La novedad del texto que nos ocupa radica en extender la cobertura de los educados o letrados a pueblos indígenas que en tiempos coloniales ocuparon la parte norte del mundo andino (actuales Ecuador y Colombia), pueblos antes calificados de analfabetos.

La decisión de centrar el análisis en los muiscas (chibchas), pastos y nasa (Páez) resulta interesante pues los dos primeros eran los grupos de nativos más numerosos al norte del Imperio inca, y porque en esta parte del mundo andino, a diferencia del caso mexicano, antes de la llegada de los españoles los nativos no conocieron la escritura alfabética ni jeroglífica, ni recurrieron a la representación pictórica como narrativa (págs. 8 y 22).

La obra es el resultado de un trabajo de largo aliento y de una reflexión madura. Según los agradecimientos iniciales, la investigación se inició en 1989 y se financió por etapas. Rappaport recibió apoyo de la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research y de la Universidad de Maryland Baltimore County para revisar archivos, Cummins le dedicó un año sabático además de los años en que ambos autores se pudieron concentrar en la discusión e interpretación interdisciplinaria gracias a un Senior Collaborative Research Grant del Getty Grant Program y a una beca del National Endowment for the Humanities. Ambos docentes foguearon los hallazgos preliminares con alumnos de seminarios como el de “Alphabetical and visual literacy in Colonial Latin America” ofrecido por la Universidad de Georgetown y de otros cursos que dictaron en la Universidad de Harvard y en la Universidad de Chicago.

Rappaport es conocida por su trayectoria en el campo de los estudios andinos desde los años ochenta y por sus publicaciones sobre temas como el mesianismo en Tierradentro, la organización socioespacial de los indios pastos, la alfabetización y la voz indígena en la era colonial, la interpretación etnográfica de la historia de los Andes colombianos y la representación como forma de poder.

Cummins es autor de cerca de una docena de publicaciones referidas a las imágenes visuales de la colonia temprana en Hispanoamérica y a las reinterpretaciones de la cultura visual renacentista en Europa y América. Antes de la publicación de este libro las revistas *Ethnohistory*, *Colonial Latin American Review* y *Latin American Literary Review* dieron a conocer fragmentos de tres de los seis capítulos que lo componen.

La presente edición refleja un esfuerzo profesional y cuidadoso. Las dieciséis páginas preliminares incluyen una breve presentación de la serie *Narrating Native Histories* de la que el texto forma parte; lista las nueve reproducciones a color y 57 en blanco y negro que ilustran el libro; y menciona los agradecimientos personales e institucionales.



Los estudios sobre la alfabetización han sido reconocidos como un componente central de la sociedad colonial, un discurso al mismo tiempo local e internacional, que involucró europeos, europeos nacidos en América, nativos americanos, africanos, además de la compleja gama de mestizos y mulatos fruto de las mezclas entre estos grupos. Se sabe que fue a través de la escritura de documentos legales como los nativos de los Andes del norte se comunicaron con la península ibérica, y que el mundo de lo escrito ligó la República de Indios con la República de Españoles.

Uno de los principales aportes del texto es ampliar la noción de *literacy*, vocablo difícil de traducir pues

más que al hecho de saber leer y escribir (ser alfabetizado), se refiere a quienes son educados, cultivados, letrados. Inspirados en voces críticas de la antropología y de la historia del arte, los autores examinan desde una nueva perspectiva las formas de dominio colonial y se empeñan en mostrar que los procesos de educación—alfabetización—adelantados por los españoles sobrepasaron el mundo de la palabra escrita al abarcar la capacidad de “leer”, producir, asimilar y modificar una gama de imágenes visuales pintadas en telas, en muros, en vasijas, en mantas y otros objetos, y al involucrar rituales asociados a la oralidad y a la asimilación o “lectura” e interpretación de los nuevos espacios arquitectónicos y urbanísticos.

El lector se entera de que el mundo de lo escrito conservó trazos de una cultura eminentemente oral: así como los pregoneros repetían su mensaje decenas de veces, algunos documentos legales repiten las mismas fórmulas una y otra vez, y los documentos escritos fueron objeto de manipulación ritual, pues en general lo letrado se cargó de un valor simbólico. Al fin y al cabo, el poder lo ejercían los letrados—funcionarios, curas, juristas, notarios, escribanos—. Las peticiones, contratos, testamentos, en fin, todo documento escrito por los no especialistas debía ser autenticado por un funcionario.

Para Rappaport y Cummins el proceso de alfabetización no se limita a documentar el paso de una cultura oral a una escrita, a la adquisición de la destreza necesaria para leer y producir textos escritos o representaciones visuales según patrones del mundo occidental. La alfabetización amerindia, lejos de ser una simple adaptación de cánones europeos de leer y de ver, transformó estas prácticas al fundirlas con formas nativas de recordar y de representar, incluyendo la manera de llevar cuentas con nudos o quipus, los diseños gráficos de los textiles y la noción de la geografía sagrada. La educación o alfabetización, además de implicar un proceso pasivo o mecánico conducente a descifrar o reproducir el lenguaje escrito o visual, involucró un conjunto de prácticas enraizadas en la vida social, política y económica, mediadas por rituales

fuera de la escritura. Así, una imagen ortodoxa se puede convertir en heterodoxa cuando los ojos que en ella se posan ven cosas distintas a pesar de ver la misma imagen (pág. 10).

El libro trae una rica información sobre las imágenes que narran la pasión de Cristo pintadas en las paredes de las cientos de capillas doctrineras y de iglesias levantadas en toda América, sobre los ángeles militantes que en el siglo XVII en el mundo andino dieron pie al género de los ángeles arcabuceros, sobre el escrutinio y extirpación que los españoles hicieron de los rituales practicados por los nativos en torno a objetos e imágenes visuales, sobre las cuevas subterráneas con paredes decoradas como las de Tierradentro donde enterraban a los ancestros, de las figuras de tela y de madera que representaban personas, pájaros usados a la manera de oráculos.

Los testamentos y otros documentos consultados muestran que en los siglos XVI y XVII exvotos o cuadros con imágenes religiosas en las que figura el retrato del donante fueron relativamente comunes en el Nuevo Reino de Granada. Citan, por ejemplo, el caso del cacique de Turmequé, Diego de Torres y su esposa, quienes fueron retratados luciendo atuendo autóctono al pie de una imagen de la Virgen del Rosario (pág. 91). Muchos indios poseían pinturas, grabados y esculturas religiosas, encargadas para el culto privado en sus hogares (pág. 101). Los nativos, además de aprender de la música europea y a fabricar los nuevos instrumentos, también incorporaron las técnicas

de dibujo, pintura y escultura a sus saberes, de lo que resultaron mezclas como las imágenes cristianas hechas con plumas de aves, una costumbre prehispánica. El *mopa-mopa* o barniz de Pasto que los indios usaban para decorar vasijas rituales o *queros* pasó a ser empleado en objetos usados en las ceremonias católicas.

En contraste con el enfoque de los estudios sobre alfabetización emprendidos en los decenios de 1970 y 1980, Rappaport y Cummins combinan la antropología y la historia del arte para extender el concepto de *literacy*, de tal forma que abarque la capacidad de reconocer y comprender la palabra escrita y la “lectura” y asimilación de toda suerte de imágenes visuales. De manera adicional, para ambos autores la alfabetización en este sentido más amplio implica una “compleja constelación de canales de expresión” (pág. 5), intrínsecamente ligadas al sistema ideológico que reorganizó la visión del mundo y la vida diaria de los nativos de esta parte del imperio español. Se inspiran en algunos historiadores del medioevo y de los inicios de la era moderna, en nuevas corrientes de la historia del arte y de la cultura, y en etnógrafos que han estudiado la introducción de las formas de alfabetismo occidental en culturas basadas en la tradición oral o en una cultura visual sofisticada. Al hacerlo siguen de cerca a latinoamericanistas como Serge Gruzinski, William Hanks y Walter Mignolo, quienes ya antes habían llamado la atención sobre las formas como la alfabetización visual y escrita sirvieron para incorporar a los nativos en el proyecto colonial, con lo que ayudaron, a su vez, a moldearlo.

La cantidad y variedad de fuentes consultadas es impresionante. Entre las fuentes escritas figuran manuscritos e impresos. Aunque no aparecen listadas, parte de la información provino de imágenes visuales: óleos, pinturas murales, dibujos, mapas, planos; y de otros elementos de la cultura material (decoración de vasijas y textiles, arquitectura, urbanismo). Entre los manuscritos leyeron una gran variedad de documentos producidos por las autoridades coloniales y los escribanos, conservados en archivos históricos en Ecuador, Colombia, España, Francia e Italia. Entre ellos



hay cartas, informes, catecismos, normas, expedientes criminales, actas de fundación de colegios, testamentos, sentencias, censos, registros de ventas, autos y remates de tierras. En el caso de Colombia, la documentación provino del Archivo General de la Nación, de la Biblioteca Nacional de Colombia (Bogotá), del Archivo del Cabildo Indígena del Gran Cumbal (Nariño), de la Notaría Primera de Pasto, del Archivo Central del Cauca (Popayán). En Ecuador consultaron el Archivo Histórico del Banco Central del Ecuador en Ibarra y en Quito, y el Archivo Nacional del Ecuador (Quito). De Europa citan documentación que conserva la Bibliothèque nationale de France (París), el Archivio Generale della Compagnia di Gesù (Roma) y el Archivo General de Indias (Sevilla).

Gran parte de las fuentes corresponden a versiones impresas de los escritos de las crónicas de Indias, de la relación de visitas de funcionarios de la Corona, la de legislación de la época –*Las siete partidas* de Alfonso X, el Sabio (1555), *Recopilación de leyes de los Reynos de las Indias* (1681)–. También, se citan tratados del arte de la pintura, manuales para escribanos y para párrocos, diccionarios y textos de gramática de lenguas indígenas, actas de los cabildos, catecismos, constituciones sinodales. Todos estos impresos aparecen listados junto con la extensa bibliografía secundaria, es decir, los estudios referidos a los temas tratados. En total, la bibliografía ocupa veintitrés páginas con cerca de cuatrocientas referencias, la mayoría en inglés y en español. Es difícil detectar omisiones, una de ellas son los escritos de Alexandra Kennedy Troya sobre el arte colonial ecuatoriano.

El libro trae una selección de 57 ilustraciones tomadas de mapas y retratos de la época, detalles de murales y pinturas religiosas, dibujos de los escritos de Felipe Guamán Poma de Ayala, dibujos de los códices novohispanos, detalles de las pinturas murales de capillas doctrineras del altiplano cundiboyacense, grabados tomados de textos de la época en los que se puede apreciar escenas como las de un franciscano predicando a los aztecas, óleos que retratan ángeles arcabuceros, pinturas de castas novohispanas, pinturas halladas en las



tumbas de Tierradentro, vasijas con inscripciones y dibujos.

El texto comprende seis capítulos, fuera de la introducción y los comentarios finales. Al final el lector encuentra un glosario, las notas de pie de página, la bibliografía citada y un índice analítico. Los cuatro primeros capítulos cuestionan la noción del letrado como una referencia a una destreza exclusivamente alfabética, al examinar prácticas con géneros visuales y espaciales a las que estuvieron expuestos los nativos educados en diversos campos. Se muestra cómo estos géneros fueron modificados por los indígenas al combinarlos con formas de expresión nativas. Se explica cómo los lectores y espectadores indígenas asimilaron la producción escrita y visual de los españoles y la interacción entre ambas formas de alfabetización: la visual y la escrita. Los capítulos restantes –5, 6 y conclusiones– demuestran que “literacy” más que una mera tecnología, alude a una forma ideológicamente cargada de ver el mundo, extensiva a alfabetizados y a analfabetos por igual, y que en el caso de Hispanoamérica, sin duda, coadyuvó la dominación europea.

Los autores contemplan los casos de individuos sobresalientes como el mestizo don Diego de Torres, heredero del cacique de Turmequé, envuelto en pleitos para hacer valer sus derechos de sucesión, o Alfonso Florencio Inca y su fallido intento de formar parte del boato colonial, como también los de la gente del común: indios pastos y muisca que dejaron testamentos, o miembros de las comunidades Nasa

tratando de defender o recuperar sus tierras.

Las conclusiones del texto, que es de esperar pronto esté disponible en español, corroboran los hallazgos de estudios anteriores como el de la antropóloga Marta Zambrano Escovar en su libro *Trabajadores, villanos y amantes: encuentros entre indígenas y españoles en la ciudad letrada. Santa Fe de Bogotá (1550-1650)*, publicado en 2008 en Bogotá por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (271 págs., ils.). Ella aprovechó evidencias encontradas en los archivos judiciales y notariales de Santa Fe (hoy Bogotá) para observar a los indígenas de la ciudad letrada interactuar con las autoridades al verse implicados en casos de robo, concubinato y actos violentos. Para esta autora los testimonios acopiados en esos casos revelan la forma como los acusados se apropiaban de la mentalidad de los letrados en su intento por eludir los castigos. Zambrano, gracias a la lectura de fuentes históricas con una metodología etnográfica que la lleva a preguntarse por quién escribió los documentos, para quién, por qué, con qué resultados, ayuda a comprender el creciente control social ejercido por los españoles sobre el tiempo libre de la población indígena y, simultáneamente, revela que el mundillo de la documentación notarial, en especial los testamentos, le abrió a los indígenas un espacio para expresar sus anhelos y sus aspiraciones.

Patricia Londoño Vega

## “El alma de un género”

### *Fiesta de picó. Champeta, espacio y cuerpo en Cartagena, Colombia*

MARÍA A. SANZ GIRALDO  
Universidad del Rosario, Escuela de Ciencias Humanas, colección Ópera Prima, Bogotá, 2012, 286 págs.

FUERA DEL corto periodo entre 2000 y 2002, en el cual canciones como *El gato volador* animaron las discotecas de Bogotá, la champeta ha sido tras bambalinas uno de los